



Miguel A. Rodríguez P.

La grandeza de un pueblo se mide por sus hazañas, su legado de valores, creencias, tradiciones que con el tiempo se convierten en leyendas, mitos, realidades imperecederas alimentadas por el imaginario popular.

Premonición Cumplida

A tres días de camino, en el barrio Buena Fe, vivía una venerable anciana, viuda, sola. Un perro era su única compañía.

Mientras estuvo casada, sus actividades se distribuían entre atender a su esposo y cuidar del huerto donde cultivaba árboles frutales y la providencia como ella denominaba a las yucas plátanos, hortalizas y maíz. Complementaba esta acción con la crianza de aves de corral, los chanchos no le gustaban porque comían demasiado, opinaba.

Cuando quedó viuda, no tuvo tiempo de llorar, los ajeteos del velorio la tuvieron ocupada. Los vecinos la acompañaron en su tragedia, consolándola.

Superada esta adversidad, retomó con más brío el cultivo del huerto.

Últimamente su salud empezó a desmejorar, no era porque estaba sola ni porque el huerto no produjese, no, Dios era generoso, pensaba. Su problema era la recurrente pesadilla que tenía casi a diario: soñaba que por la noche salía de la enorme piedra que había frente a su casa una mujer sin rostro, entraba y comenzaba a golpearla.

Enterados de esto, sus vecinos le ofrecieron acompañarla, pero se negó. La sombra de su esposo aún pesaba sobre ella, sería una traición, se dijo.

Un buen día, los aullidos de los perros alarmaron a la vecindad, los canes estaban frente a la puerta cerrada de la señora como si olieran o presintieran algo, alarmados porque no había señales de vida se acercaron.

La puerta estaba intacta, una aturdierte fetidez se percibía.

Tumbada la puerta el horror se materializó. El cuerpo estaba descuartizado, esparcido por el cuarto: sangre y pelos por el suelo y paredes, sus vísceras amontonadas y a medio comer. El perro mudo testigo de la atrocidad estaba en un rincón, oponiéndose tenazmente a que lo muevan.

Asombrados, salieron en silencio. Difícil enterrarla. Como aquí ha estado el maligno, la solución es quemar la vivienda; así lo hicieron.

El perro, único sobreviviente, todas las noches regresaba a su destruida morada, luego subía a la piedra de donde la anciana

soñaba salía su verdugo; ahí pasaba hasta el amanecer lanzando lastimeros aullidos, tal vez esperando que su dueña regrese o al espíritu que la atacó, para vengarse, no lo sabemos.

El recuerdo de esta tragedia está latente en esta alejada comunidad que cambió de nombre por decisión de sus moradores.

Autor: Miguel A. Rodríguez P.
kiev.mr@hotmail.com